Cuando escuche esa musica por primera vez experimente un terrible dolor de cabeza, específicamente sobre mi ojo izquierdo. Fue un dolor tan agudo como nunca lo habia sentido, y no ceso hasta que apague el motoreproductor. Incluso despues de unos minutos de haberlo apagado, creo, segui experimentando esa aguja en mi frente. Los recuerdos de ese momento son difusos, como si mi cerebro quisiera remover todo registro de ese dolor. “¿Qué es esta música que me pusiste?” le pregunte a Marcos. Marcos era el herrero del Ejercito del Oeste hace nadie sabe cuánto tiempo. Sus cabellos se habían tornado rojos como el fuego de la forja y su mameluco (antes azul, hoy de confuso color) parecía soldado a sus fornidos brazos. Si no lo hubiera visto entrar millares de veces a esa pocilga que por obligación llamábamos taller, diría que no podria entrar por esa puerta ni por error, su porte podria hacer que más de uno lo confunda con un cilliano. Cosa que no nos preocupaba demasiado ya que el campo de batalla nos era, por ahora, bastante ajeno. El follaje anaranjado que tenía por bigote comenzó, como de costumbre, a bailar al son de sus palabras, “es el canto de los espías gorlobianos. Solo los más fuertes pueden soportar sus estridentes alaridos, pero claro vos sos pendejo, ahí te pongo algo de Zildy Mallirka para vos”.

Le dije que lo dejemos ahí y mejor nos pongamos a trabajar porque en cualquier momento llegaba el Coronel. Por temas legales no puedo dar una descripción exacta del Coronel, pero sí puedo compararlo con algo contemporáneo a ustedes: Se veía como si primero cruzaras una rana con un bulterrier, y el resultado de esto lo añadieras a un humano. Espero que a cuando vaya a parar este manuscrito, la gente ya conozca estas cosas. Tampoco puedo descartar la posibilidad de que haya sido esta la forma en que nació el Coronel. Se sabía que nació cuando la cruza entre especies estaba de moda, una busca de los científicos terranos de la “cría perfecta”. Esta práctica se prohibió hace ya algunos milenios, pero naturalmente sigue habiendo muchos híbridos en el Vórtice Central y sus alrededores, incluso hoy cuando escribo esto.

Tomé mi rotomartillo y comencé a azotar el hierro. Llevaba ya dos años en los talleres de Marte, pero mis hojas siempre salían defectuosas. Nunca fui bueno para las manualidades, menos cuando sentía la amenaza constante de que me caiga un misil ciliano en la cabeza. Trabajábamos los metales de Marte para crear, en el menor tiempo posible, armas y armaduras para los hombres del Oeste. Era lo que sabíamos hacer, y era lo único que cualquier armero podía hacer. Hacía tres semanas los cilianos, en el operativo que hoy llaman “Operación Dama de Hierro”, simultáneamente destruyeron nuestros talleres de balística y tomaron el puerto espacial del Monte Olimpo, la última conexión segura, y seguramente la última conexión a secas, entre Mundo Terrano y la Delegación Marciana. De esta forma quedamos sin la posibilidad de fabricar armas y sin la posibilidad de acceder a ellas en un

mismo momento. Ese ataque dejo como último bastión humano la Cueva del Crucis. Allí contábamos con otros dos talleres de armería, una clínica de reanimación, una casa del ocio y los cuarteles de los altos mandos.

Las clínicas de reanimación fueron por aquellos años lo que mantuvo al Ejercito del Oeste a flote: tomaban los cuerpos de los caídos, arreglaban lo que debía ser arreglado, si era necesario y tenían los materiales modificaban algo y te mandaban nuevamente al campo de batalla. Había algunos, se decía, que llevaban peleando desde que comenzó La Guerra. No era muy fanático de esos lugares, siempre trataba de evitar pasar cerca, aunque en una cueva es dificil esquivar un edificio, especialmente cuando es el segundo más grande, despues de la casa del ocio. Este establecimiento estaba la mayor parte del tiempo vacío, ninguno tenía tiempo de si quiera pensar en entrar allí. La ultima que vez que entre a la casa fue un mes despues de llegar al taller, recuerdo que entonces habia varios motoreproductores en los que uno podía elegir algun medio de entretenimiento para pasar el rato. No soy capaz de recordar qué película miré esa vez, solo recuerdo que el protagonista tenía una cicatriz en el rostro, y hablaba con un acento gracioso.

Poco tiempo tuve para pensar en el pasado, el Coronel irrumpió en el taller. Es dificil olvidar esa papada arrugada, con algunos pelos sueltos que no alcanzaría a afeitar ni la mejor hoja de Valigur, que parecía hacer de cimiento para el resto de su cara, que nada tenía de distinto con el terreno accidentado de los valles de Júpiter, a excepción de la excesiva cantidad de sudor que brotaba constantemente de sus poros. Estaba rojo, de su calva emanaba vapor, ese día las forjas estaban a todo poder y eso en la Cueva del Crucis se sentía, mucho. “¡Jamón, al cuartel!” Jamón era el apodo que me gané por haber pedido, inocentemente, un sanguche de jamón. Claro, en Marte y en el medio de una guerra interplanetaria, solo hay paté de gusanos. Miré a Marcos como pidiéndole disculpas por tener que dejarlo en el medio de una orden de más de veinte sets completos para dentro de dos días, aunque él sabía más que yo que no tenía muchas más opciones. Dejé las sensibilidades en el marco de esa “puerta” y segui al Coronel a su cuartel.

No sé si fue el calor de la cueva o el hecho de que hacía al menos tres años que no veía una, o si simplemente realmente era esa la mujer terrana más hermosa que había visto jamás. “Jam- “se interrumpió, no queriendo que pasara vergüenza, “Claudio, esta es Almendra, tu nueva compañera” “¿Una mujer en un taller? Bueno, no sería la primera vez.” “No, no en el taller. Mañana vas a ir a combatir al Pozo de Harrlak y Almendra, que es oriunda de esa zona, será tu guía.” “¿Y qué va a pasar con Marcos, con el pedido de los sets?” “Lo que ocurra con tu compañero es problema de esta dirigencia. Y ese pedido será repartido entre los armeros que queden.” “No tengo ningún entrenamiento.” “Yo

te lo voy a brindar” Esa fue la primera vez que escuché a Almendra hablar, ahí lo supe, no era el calor de la cueva.

Volví a mi taller para despedirme de Marcos y recoger mis cosas, “¿Y?” “Me tengo que ir.” “¿A dónde te vas a ir vos? Tenemos que trabajar, hermano.” “Supuestamente al Pozo de Harrlak, no sé. Vino una mina que me va a entrenar y voy a tener que combatir.” “¿Qué? Déjate de joder, Claudio, pásame la maza.” “Me tengo que ir, nos vemos cuando vuelva.” “No se vuelve del Pozo.” Me dejó helado. Esta no sería la última vez que vea a Marcos, aunque desearía que asi hubiese sido…

El Pozo de Harrlak era casi un mito en mi linea de trabajo, a veces se oían historias de ese lugar, pero nunca supe si eran reales, o si siquiera el Pozo era real. El viaje no fue peor que lo que me esperaría en mi destino, pero para eso falta. Como la superficie de Marte estaba casi en su totalidad ocupada por los cilianos, usamos los túneles. Eran más antiguos que los terranos mismos, las vías magnéticas para los electrocarros se iban presentando de a tramos a veces cortos y otras veces más cortos, así que la mayoria de las veces ni siquiera nos molestábamos en encender un carro, si es que encontrábamos uno. No sé de dónde sacaron comida para toda la compañía que me llevaba al Pozo, porque, y aunque hubiese sido mi mayor deseo, no éramos solo Almendra y yo, nos escoltaba su grupo. Una amalgama de tres personajes de lo más peculiares: “Torniquete” Hernández, una bola de pelos y músculos, si tenías que llevar comida para ocho personas, armas, y demás cargamentos que solo Almendra debería saber qué eran, él es el hombre que buscas. A su lado siempre estaba Calvo, un veterano de las bibliotecas gorlobianas, descubrió la forma de aislar una porción de tiempo en una habitación y asi se leyó todos los documentos de ingeniería valiguriana, los estudios en física del Dr. Karit, el Bestiario Intergaláctico Actualizado y sepa uno que cantidad de obras con información de lo más variada, todo esto en 10 minutos terranos, que para él fueron más de treinta y cinco años. Por último, Sapo. Era un sapo. Era la mascota del grupo.

Cada tanto miraba por los agujeros del túnel y podía ver alguna luz en la distancia, le pregunte a Calvo qué eran esas luces y me dijo con mucha confianza que era el magma del centro del planeta. Si me lo hubiese dicho cualquier otra persona lo hubiese tomado como una mentira despiadada, pero por ser él, no cuestioné su veracidad. ¿Sería posible que lo único que separaba nuestros cuerpos del centro mismo de Marte sea una piedra no más gruesa que las paredes de una nave ciliana? No queria pensar demasiado en las cosas que podrían llegar a pasar si esa fina capa de piedra decidía dejar de soportar nuestros pesos combinados así que preferí concentrarme en lo que tenía enfrente: una ciudadela llena de luces y colores que nunca habia visto.

“Esto es R, pibe” R era una metrópolis subterránea que parecía sacada de un cuento de ciencia ficción. A donde miraba aparecían diferentes especímenes de variadas especies alienígenas, todos viviendo en comunidad, como si no hubiera una guerra librándose encima de sus cabezas.